

Nadie, ni siquiera los más viejos del barrio, sabía cómo había llegado esa piedra hasta allí. Reposaba como una isla ploma rodeada de concreto, en la esquina de las cabinas de internet. Se decía que, cuando el vecindario se pavimentó, los obreros no tuvieron ganas de moverla y decidieron que ese tramo de la vereda simplemente la circundara. Por su forma chata y alargada, cabían sobre ella hasta tres traseros medianos, y eran Juan Manuel, Lucibel y Santiago el Pocotón quienes la ocupaban esa mañana de domingo. Marita la Mudita estaba de pie, junto a ellos, lamiendo una paleta de helado.

—Invita, pe —volvió a rogarle Santiago.

Marita hizo con los dedos una seña que podía interpretarse como «espera un poquito» o «te dejo el final». Los cuatro habían crecido mucho ese verano, pero, como era de esperar, ninguno se daba cuenta de qué tanto. Habían mataperreado juntos y se habían visto las caras más que cada uno a sus propios espejos. ¿Cómo percibir que creciste si te has visto todo el

tiempo? Pero allí estaban las señales, claras para todos los demás. La voz de Santiago el Pocotón se había robustecido en esos meses, al contrario de su cuerpo, que se mostraba más largo a causa de su estirón. La voz de Juan Manuel a veces presentaba gallos y sus tobillos ya mostraban pelos. Lucibel mostraba unas canillas alargadas y había dejado los formadores para usar sostenes. A esto se sumaban las inesperadas pretensiones de Marita, que de usar solo buzos deportivos había pasado ahora a coleccionar faldas primorosas.

—No le des, Marita —sentenció Lucibel categórica—, que todos debemos estar en forma para la fiesta del siglo.

—¿Insinúas que estoy gordo? —Se ofendió Santiago.

—No estás gordo, pero poco te falta.

—La verdad es que yo lo veo bien —terció Juan Manuel—. Tampoco quieras que sea una culebra.

—Así es. ¿Qué culpa tengo yo de que mis huesos sean anchitos?

Lucibel rezongó, pero no llegó a decir nada. Santiago el Pocotón tomó aquel silencio como una victoria personal y aprovechó el terreno ganado para terminar de desembuchar su fastidio.

—Además... —remedó la voz de Lucibel como si fuera una cacatúa—, «mi fiesta, mi fiesta, mi fiesta»... «Que mi vestido va a estar lindo». «Que no sé qué

música poner». «Que bailaré con el churro de Pichirro». ¡Te has pasado todas las vacaciones hablando de tu bendita fiesta como si no existiera nada más! ¡Y eso que todavía falta bastante!

—¡Calumnias! —le respondió Lucibel; sus ojos grandes, más grandes aún.

—Hoy —Santiago consultó su reloj—, entre las 09:00 horas y las 10:13 has dicho la palabra *fiesta* ¡veinticuatro veces!

Lucibel se quedó de una pieza, mientras Juan Manuel y Marita sonreían embobados. Santiago no dejaba de sorprenderlos con su capacidad contable y estadística.

9



—¿Ah, sí? —A Lucibel se le encendió la cara—. ¡Te gustan los números, ¿no?! ¡Pues a mí me gusta el 15, porque una mujer festeja sus quince años una sola vez en la vida, y un papanatas como tú, que solo tiene el dos en la cabeza, jamás lo podrá entender!

10 Marita la Mudita asintió como muestra de solidaridad femenina. Santiago se llevó las manos regordetas a la cara, impotente de no poder razonar con su amiga.

Juan Manuel los observaba divertido, pero temió que la conversación terminara hiriendo a alguno de los presentes. Así que cambió de tema.

—¿Y ya tienen listas sus cosas para el colegio?

—¡Nooooo! —exclamó Santiago melodramático—. ¿Por qué nos recuerdas que el paraíso termina?

—¿Tú, Marita? —prosiguió Juan Manuel.

La larguirucha chiquilla le cedió a Santiago el final de su paleta —sus ojos golosos se lo agradecieron— y pronunció su frase más larga en aquella mañana:

—Me he comprado una cartuchera muy bonita.

—Oigan, zopencos —intervino Lucibel, fastidiada por no poder hablar con libertad de su fiesta—, ¿nos jugamos un FIFA 19?

—¡Somos! —exclamó Santiago el Pocotón, echándole una ojeada al local de cabinas de internet.

—Paso —se disculpó Juan—. Tengo que visitar a mi papá.

Y como si las palabras materializaran situaciones, por la larga vereda de la cuesta, apareció erguida, con su andar pausado, doña Carola, la madre de Juan Chichones. Vestía una falda ceñida de lino crema, un legado de los años prósperos, y una blusa celeste que se había comprado recientemente en el mercado. Una señora que se cruzó con ella le hizo una ligera venia. Aunque llevaba más de cinco años viviendo con su hijo en El Papayal y se había hecho querer por sus vecinos, doña Carola era tratada con una extraña mezcla de distancia y afecto, como si de ella emanaran, sin querer, los efluvios de su acomodada vida anterior.

11

—Tu mami sigue regia —comentó Lucibel.

Marita lo ratificó sin decir palabra, y Santiago el Pocotón frenó su entusiasmo porque sabía que a ningún hombre de esa edad le gusta que un amigo ande diciendo lo bonita que es su madre.

Juan Manuel sonrió azorado.

—Nos vemos por la tarde —dijo.

A su madre se le iluminó el rostro cuando lo vio levantarse de la piedra: cada día se parecía más a su padre.

12 —¿Tienes todo listo para mañana?

—Sí, ma.

—Ayer te dejé tu pantalón con la basta bajada. ¿Lo planchaste?

—Ahora que volvamos.

El bus recorría las calles con parsimonia y dejaba ver una ciudad más tranquila de lo usual. Doña Carola se lo comentó a Juan a su manera.

—Me gusta ir en bus los domingos. Es como un paseo en carrusel.

Juan asintió. Dentro del vehículo, todos los pasajeros viajaban sentados y aún sobraban sitios. Los rostros no tenían el cansancio ni la rigidez de quien tiene que llegar a tiempo a un trabajo. De pronto, doña Carola le susurró a su hijo:

—Esas dos chicas te están mirando desde hace rato.

Juan Manuel viró la mirada hacia donde le señalaba su madre. Eran dos chicas mayores que él que en ese momento miraban la pantalla de un celular.

—No parece —respondió azorado.

—Te deben haber reconocido por tus hazañas...

—¡Ma! —protestó Juan Manuel.

—... o se han dado cuenta de lo guapo que eres.

Juan Manuel enrojeció y no supo qué responder. En el fondo le agradaba lo que le acababa de decir su madre. Al final contestó por contestar:

—Hace tiempo de eso, ma.

—Pero fuiste noticia dos veces y salió en todas partes. Esas cosas no se olvidan muy fácil.

13

Juan asintió imperceptiblemente. Quizá por encontrarse en ese bus fue que recordó la primera vez que un golpe en la cabeza le había desarrollado un poder temporal y extraordinario. El chichón que le emergió aquella vez le activó el olfato de cien lobos al acecho, y en un bus como ese, camino al hospital con su madre, sintió que los olores de los pasajeros lo mareaban, que todos esos sudores, alientos, pedos y humores mezclados eran como una tempestad que lo iba a ahogar. De aquella aventura que le dio su primera celebridad temporal habían pasado casi cinco años. Y tres habían transcurrido desde su aventura en Machu Picchu. Lo que decían los mayores era verdad, entonces. El tiempo volaba. Y lo hacía más rápido conforme uno iba creciendo. Y para su padre, ¿cómo sería? ¿Cómo pasaría el tiempo en la cárcel? ¿Sería distinto y transcurriría lentamente?

Ese día podría preguntárselo.

—Ma.

—Hijo.

—¿Cuándo crees que salga mi papá?

Doña Carola suspiró un poco, como cada vez que Juan le tocaba el tema de esa forma. Esa inspiración y expiración de aire parecían comprimir las esperanzas y también las desilusiones que se había llevado.

14

La última de ellas, la vez que más cerca estuvo su esposo de salir, había ocurrido tres años antes. El abogado que tanto le costaba pagar había alegado un error en el proceso y parecía que el padre de Juan iba a poder volver a casa. Pero en el último minuto el alegato fue denegado. Aquel fue un golpe demasiado duro para doña Carola y su hijo.

—Ya no sé, hijo —murmuró ella, apretando el paquetito que llevaba en la falda—. Ya no sé.

—...

—El abogado dice que a estas alturas ya deberían darle una rebaja de pena.

—Por buena conducta.

—Sí.

—...

—Veremos, pues.

Hacía rato que las dos chicas se habían bajado y el bus estaba por llegar a su paradero final después de atravesar los distintos barrios de la ciudad. Madre



e hijo habían visto distritos parecidos a El Papayal, entre lomas atiborradas de casas y negocios. Habían observado también las inmediaciones de los vecindarios ricos, con casas más grandes y jardines sin polvo, donde Juan Manuel había pasado su primera infancia antes de la tragedia, y en estos momentos eran testigos del anillo más alejado y pobre de la ciudad, donde los ladrillos le daban la cara al clima sin resanados ni pinturas y los perros de la calle deambulaban, orejicaídos, con la misma indolencia que los vecinos.

15

En esa comarca desértica, que alguna vez fuera el lejano traspatio de la ciudad, se había construido, muchos años atrás, la cárcel donde hoy sobrevivía el padre.

La ciudad había llegado hasta ella.

Y con ella, había llegado Juan Manuel.

El sol de fines de verano le otorgaba cierto fulgor al polvo y hacía que la ropa de los visitantes resaltara de manera especial sobre el paredón plomizo. La fila ya era larga cuando doña Carola y Juan se sumaron a ella. Ancianas, señoras con bebés, chicas solas, hombres recios, jóvenes tímidos y niños de toda condición formaban aquel tren humano que iba cargado de canastas con comida, bolsas con ropa y revistas para el entretenimiento de sus familiares. Cuando por fin llegaron al primer control, doña Carola entregó el paquete que llevaba para que lo revisen. Contenía champú, jabones,

papel higiénico, crema dental, cepillos de dientes y una barra de chocolate.

Fue en el segundo control cuando el pulso de la madre y del hijo empezó a acelerarse. Doña Carola dio el nombre de su marido y la mirada del policía se cubrió de un barniz sombrío. El suboficial le susurró algo a su compañero, y este salió para avisarle a alguien.

16

—¿Qué ocurre? —inquirió doña Carola.

—Es una formalidad —improvisó el policía.

—¿Qué formalidad? —tartamudeó ella—. ¿Ha pasado algo con mi marido?

Juan Manuel notó que el encargado tragaba saliva antes de fingir que recibía una llamada en su celular. Aquello no podía ser bueno.

Al poco rato apareció un policía de mayor rango, con un bigote bien recortado y la mandíbula perfectamente afeitada.

—Señora, acompáñeme, por favor.

Definitivamente, no podía ser bueno.

Juan y su madre recorrieron pasadizos sin gracia, donde los mayores ornamentos eran unas pizarras de corcho con indicaciones impresas. Juan Manuel llegó a ver una tira cómica de Mafalda pegada con una chincheta y se la llevó en la mente como una forma de alejar los malos pensamientos. A su lado, su madre caminaba digna y preparándose para lo peor.